

## LA CAMISA ROJA

La casa era toda de piedra desnuda con grandes ventanales y, subiendo cinco o seis escalones, la doble puerta principal. Los techos inclinados eran de cinc azul. El terreno se hallaba completamente pintado del cobrizo de las hojas resecas que los árboles habían soltado perdiendo todo su esplendor.

Adentro entreteníamos nuestros ocios juveniles como mejor podíamos. Ángela iba cambiando los discos de vinilo, feliz en su rol y siguiendo con las caderas el ritmo de los Teen Tops. Su esposo, Horacio, intentaba tenazmente pasar una moneda plateada por encima de una mano desde el meñique hasta el pulgar sin la ayuda de la otra mano, pisándola suave pero firmemente con el dedo del costado, de modo que la moneda se daba vuelta y pasaba al dedo siguiente. Una vez que dominara la técnica seguramente sería el centro de la admiración de todos. Se habían casado en el verano; él, dieciséis y ella, quince. A pesar de tratarse de una casa totalmente equipada solo usábamos un bonito vaso de plástico celeste para beber licor dulce que algunos llamaban 'para mujeres'. Jorge dibujaba cowboys copiando una revista de historietas. Yo, primero, me propuse bajar al sótano: algo iba a encontrar, pero como se había quemado el foco y no tenía una linterna desistí. Resolví subir a la planta alta y allí escalé hasta el altillo. La cantidad y variedad de cosas viejas y cubiertas de polvo -cuando no de algunas telarañas- me asombró: una bicicleta de niño, un sillón roto, el cuadro del tío bisabuelo Laureano -un militar muerto por los ranqueles en el Combate de San Carlos-, al costado una escopeta de doble caño, un apero, lazos y riendas, sillas apiladas, cortinas viejas y sucias, un gran gato de yeso de color indefinido, libros... Abrí un baúl grande y colmado, y sin revolver demasiado temiendo el salto de una laucha, retiré una peluca que había sido rubia y tras sacudirla lo mejor que pude me la coloqué y bajé. Ángela lanzó una risotada al verme y corrió a ponerse una gran olla oxidada en la cabeza. Entonces nos reímos todos. ¡La camisa roja! -gritó ella

-¡En el patio! -grité yo y salimos disparados hacia la soga de la ropa lavada tentados de la risa. El sol ya se ponía y el aire estaba frío. Con sus pies hundidos en la crujiente hojarasca, Ángela arrancó la prenda y se dio vuelta para regresar y casi choca conmigo. Sus ojos azules y mis ojos negros. Estábamos demasiado cerca. Nos besamos y de inmediato dimos un paso hacia la casa, muy juntos. Horacio estaba parado en la puerta con la escopeta de dos caños. Vimos la llamarada y Ángela cayó con el pecho coloreado por la camisa y por la sangre, mientras se oía un aleteo desesperado de palomas aturdidas.